



La muerte en las ciudades

La danza contemporánea alrededor de la igualadora



LOS BOSNIOS
Velibor Colic. Editorial Periferia, 128 pp., 16 euros.



EL CAMINO DE IDA
Ricardo Piglia. Editorial Anagrama, 296 páginas, 17,90 euros.



EL COMLOT MONGOL
Rafael Bernal. Editorial, Libros del Asteroide, 232 páginas, 17 euros.



MOTORMAN
David Ohle. Editorial Periferia, 160 páginas, 16 euros.

de la del 'Walden' de Thoreau, sin apearse de la verdad a machamartillo, es uno de los grandes interrogantes que plantea la novela. Piglia absorbe el sinsentido, administra sabiamente el tiempo narrativo y es un maestro en urdir tramas en apariencia leves pero, al cabo, férreamente planificadas, con conexiones que dan que pensar, y mucho, sobre la deriva del pensamiento occidental.

A partir de la muerte inesperada que fractura la historia, el protagonista, que evoca los hechos en primera persona, se sume en las tinieblas dostoevskianas de las que sólo otra mujer podrá sacarlo, lo que a su vez da pie para una divagación sobre la novelística rusa harlo interesante. La muerte nunca nos resulta ajena. En ocasiones nos fuerza, incluso, a involucramos en sus designios. Nos atrapa. A otros los seduce. De todo hay en la historia también sólidamente trabada, como la de Bernal, por Piglia, lo que provoca un giro radical en el argumento hasta desgajar en la manifestación más extrema del nihilismo contemporáneo, anarquismo y ecoterrorismo incluidos, fascinado por la destrucción del hombre y familiarizado con el asesinato. Cualquiera puede ser arte o parte de su insania, en realidad lo somos todos, aunque semejante afirmación suene a frívola u obscena en boca de quien no se ha visto preocupado por su zarpa y habla, como yo, de oídas o leídas.

Bajo las habituales siete lunas nocturnas que deslumbran el firmamento de 'Motorman', recostado en su cama, Moldenke escucha el último de los excéntricos partes meteorológicos de la novela: «Dos soles enfriándose en el horizonte, lunas inquietas, los animales deben permanecer bajo techo, los viajeros quedan advertidos, todo barco debe regresar al puerto, posibles inundaciones en el Gela, serpientes tóxicas en las copas de los árboles, el viento está vivo de nuevo, las temperaturas serán...».

«Ostras, ante tamaña predicción, ante semejante panorama, cualquiera se atreva a salir a la calle. Me quedo en casa leyendo otra novela tan absorbente como las citadas; antes, echo un vistazo y hay personas paseando, tan campantes. Allí ellos, pinches pendejos, como diría el detective, más bien sicario, pistolero a sueldo, «experto en hacer difuntos», para ser exactos «fabricador en serie de muertos» Filiberto García en 'El complot mongol', mientras se toma, pongamos que con el zorro Mendiete, el primer tequila, el salvador, el que hay que trasegar lenta y ritualmente, como si fuese un sacramento, «con mucho primor, como dicen los corridos». Salud, fucking gatillero.

Cómo va todo en las ciudades?», le pregunta en una carta el doctor Corazón nardiente, que disfruta de vez en cuando, según su humor, del aire campesite, al protagonista Moldenke en el quinto de los ciento diez cortes de que consta la inclassificable 'Motorman', distopía de culto del norteamericano David Ohle que ha traducido para Periferia el novelista colombiano Juan Sebastián Cárdenas.

En 'Los bosnios', de Velibor Colic, dentro de la misma colección narrativa, 'Largo Recorrido', también la muerte, de manera casi igual de apocalíptica, aunque con caracteres históricos, en absoluto futuristas, ha llegado a las ciudades, con la martirizada Sarajevó a la cabeza. El libro incluye un inventario, en forma

de breve crónica, sobre la agonía de algunas poblaciones donde no quedan ni pájaros, aniquiladas, borradas del mapa durante la guerra de los Balcanes. El autor desertó de este conflicto en extremo sangriento y vive exiliado en Francia. Esta es la primera de entre sus siete narraciones publicadas y la primera en ser traducida al español, precisamente desde su versión francesa, por expreso deseo suyo.

El libro, una plegaria en toda regla, sin paliativos, en memoria de las víctimas de la guerra, comienza, a modo de invocación, con un ave María escrito en el campamento de prisioneros del estadio de Slavovskí Brod, en julio del 92, poco antes de que V. Colic huyera del horror. A seguido, nos muestra una serie de relatos-personaje, anotaciones sobre

UN ÁNGULO ME BASTA
FERMÍN HERRERO



una ristra de infortunados hombres y mujeres musulmanes, serbios y croatas sometidos a una brutalidad atroz, infame, a menudo incluso sádica, sin asomo de piedad, la mayoría desde su pequeña ciudad natal, Modrica. Y desemboca en un recorrido terrorífico por el espanto y el suplicio de los campos de concentración. No falta, sin embargo, por contraste, el humor, eso sí, de un negro rabioso-melancólico: así el que alegremente se columbia por hacerle la puñeta a uno de los frecuentes francotiradores. Queda constancia, a la memoria del gran Ivo Andrić, de este testimonio estremecedor sobre la última camiería en suero europeo, donde parecía que la violencia y la barbarie habían sido desterradas.

Una violencia que parece

consustancial a la historia de México y a sus sucesivos regímenes sospechosos, de siempre presididos por la amigocraza y lo que con su humor habitual llama Elmer Mendoza «el nivel de corrupción determinante» y que fija el clima de 'El complot mongol' (Libros del Asteroide) de Rafael Bernal, novela también de culto, fundacional, que aprovecha tanto la expresividad del coloquialismo de los bajos fondos como las posibilidades del monólogo interior. En esta mezcla tan genuina de lo vulgar y lo culto radica en parte la atracción que la novela, publicada en 1969, en plena guerra fría, ha ejercido en los lectores y lectores mejicanos, que la han convertido con el tiempo en objeto de referencia. De ahí el acierto de esta recuperación en nuestro país. Y,

en el mismo sentido, también me parece una decisión editorial muy buena enmarcarla entre el prólogo de uno de los narradores de aquel país prometedor, Yuri Herrera, de quien aquí comentamos en su día 'La transmutación de los cuerpos' y el prefacio de uno ya cuajado, el mentado E. Mendoza, autor de varias novelas negras de mucho fuste publicadas entre nosotros por Tusquets y cuyo verbo desterrillante tuvo la suerte de escucharse durante una presentación en la FIL de la Guadalupe jalisciense.

Precisamente la novela negra o policíaca es el subgénero contemporáneo, cuyo origen cabría situar, como el de tantas manifestaciones modernas, en el pionero Edgar Allan Poe, especializado en la criminalidad urbana. Si a ello

añadimos la ancestral atracción mejicana por lo fúnebre —recuerdo ahora, aproximadamente, hace ya tantísimos años que disfruté de su singular lectura, un dicho que Luis Buñuel recoge en 'Mi último suspiro': «Cada domingo trae su muertito», a cuenta, creo, de la costumbre de no quitarse jamás el arma de la pernera, aun en las escenas más íntimas, de Jorge Negrete—, no es de extrañar la escabechina en que transcurre y desemboca 'El complot mongol'. Así justifica, de frente respecto a la puerta de entrada, la espalda bien cubierta por la pared, con su peculiar fraseo, que tanto me atrae, su sórdido trabajo el protagonista, asistente de un general de tantos durante la revolución y ascendido ahora a matón profesional del estado: «Matar no es un

trabajo que ocupa mucho tiempo, sobre todo desde que le estamos haciendo a la mucha ley y al mucho orden y al mucho gobierno». Lo suyo es coser y matar, aunque liquidar a alguien sea «mandarlo a que esté solo», con toda su muerte, réquiem eternam dona eis Domine, condenado en saecula saeculorum a su soledad. Yo hago los muertos y por eso los respeto, añade más o menos en su descargo, aunque a muchos los quiebre porque sí.

Esta novela trepidante, de trama perfecta, curiosa ya desde el título de cachondeo que señala una presunta conspiración urdida desde la Mongolia Exterior, cortina de humo del argumento, del mismo modo que un golpe pekinés en Cuba o una repetición del magnicidio de Dallas, com-

«'Los bosnios' es una plegaria en toda regla, sin paliativos, en memoria de las víctimas de la guerra»

«'El complot mongol' combina el tono zumbón y al tiempo de durísima denuncia socio-política»

binado el tono zumbón y al tiempo de durísima denuncia socio-política. El sorprendente estilo de Bernal, con una soltura envidiable en los diálogos, la dote de una poderosa verosimilitud, credibilidad incluso.

Una muerte en apariencia accidental sucede de repente el ocurrir de 'El camino de ida' (repárese en la mayúscula), pues el autor juega con la ambigüedad ya desde el título, la última novela, que hace la sexta, todas en Anagrama, del argentino Roberto Piglia, uno de los narradores actuales con más oficio. Hasta ese momento, con el dominio estilístico y la perspicacia al analizar la condición humana y sus debilidades propios del autor, la narración transcurría como una típica novela de campus con algún toque in-

quietante, concretamente en Taylor University, seguramente trasunto de Princeton, do también anduviera Tomás Segovia y en donde becan a la protagonista de 'Felina', uno de los relatos con espejo animal con los que la mejicana Guadalupe Nettel obtuvo el prestigioso premio de narrativa breve Ribera del Duero. De la misma manera que el enajenado terrorista o serial killer neoludista y ecologista, lector a pie juntillas de Conrad, Mr. Recycler, sobre el que acaba recayendo la acción, parece en gran medida traslación de aquel de mote Unabomber, menudo personaje.

Cómo se puede pasar de la pureza de la ficción teórica a la realidad ensangrentada de una carta-bomba, con parada y fonda en una cabaña de madera de seis pies a semejanza